

prenderse y sentir mucho un atrazo tan grande; pero dando á reconocer un grande esfuerzo de su voluntad, para sobreponerse, exclamó «Si es así, hágase la voluntad del cielo; pero saquemos de esta desgracia el mayor partido.» Mandó que se sacara á tierra la artillería, cordaje, velas, clavazon y todo lo que fuera movible, echando á pique los deteriorados cascos de sus embarcaciones, no exceptuando mas de un buque pequeño. Con esta medida que supera á todo atrevimiento, se iba á encerrar con un puñado de hombres, en el corazon de poderosas y enemigas monarquías, sin tener mas esperanza de salvarse, que consiguiendo el triunfo para el cual habia que pasar tan extraordinarios riesgos, que hacian la empresa un punto menos que imposible. El ejército veía cerrada toda esperanza de salir de aquella dificultosa situacion y desfalleció el ánimo hasta de los mas esforzados: las murmuraciones se fueron generalizando y á cada paso tomaban un aspecto mas imponente, porque decian haberlos conducido su general como ovejas al matadero: y para escapar de lo que todos llamaban una muerte segura y estéril, llegaron amotinados á amenazar la vida de su comandante. Pero este ante la idea de conquistar un pais que le habia dado muestras de tanta riqueza, despreciaba todos los peligros y creía que solo colocando á su tropa en aquella posicion desesperada, podia contar con su eficaz cooperacion para consumir su gran pensamiento.

Se vistió de toda su presencia de ánimo y reuniendo á toda su tropa; les presentó en un persuasivo discurso, la necesidad de dar aquel paso: y al que estaba acostumbrado á dominar aquellos espíritus impresionables con las aventuras caballerescas, particularmente cuando el resultado fuera adquisicion de las riquezas, no le fué difícil salir airoso en esta crisis: las doradas ilusiones de gloria y de riquezas exaltaron sus mentes, é infla-

mando de nuevo su corazon, se avergonzaron de su timidez: y volvieron á estar prontos para secundar los gigantescos planes de su general. Los encargados de la destruccion de la flota partieron al puerto para ejecutar la orden, y el ejército entusiasmado figurándose ya ver tremolar su estandarte victorioso en los palacios del opulento Moctehuzuma, alegres poblaban el aire con el grito de «A México, á México.»

CAPITULO XIV.

Marcha de Cortés á Tlaxcallan.
Con la destruccion de las embarcaciones, ya no habia esperanza de que los soldados pensaran retroceder: el establecimiento de la colonia, servia de base á las operaciones: se contaba con la alianza de los señores de las principales ciudades del pais de los totonecas, y no habia que hacer sino penetrar al interior de la monarquía, agitar los elementos de discordia que habia creado el despotismo de los reyes mexicanos y cargar á todos con una pesada cadena, confundiendo en sus estrechos y sofocantes anillos, el cuello de los déspotas con los oprimidos.

Volvió el ejército á Veracruz para tomar de ahí su camino: la colonia resguardada con cincuenta hombres, quedó al mando de uno de los oficiales que era mas adicto á Cortés llamado Juan Escalante: se renovó la alianza de los cempoaleses y demas señores totonecas, para que prestaran su auxilio al gefe de la colonia; y el 16 de Agosto se puso en camino para México, llevando cuatrocientos quince soldados y diez y seis caballos, doscientos hombres de carga para conducir la artillería y los bagajes, algunas tropas totonecas y mas de cua-

renta nobles, que al mismo tiempo de servir de guías á Cortés en sus operaciones, le servirían de rehenes para que sus nacionales guardaran la fé debida en sus tratados.

La tropa fué experimentando en medio de una fatigosa marcha, las diferentes perspectivas que le iban presentando las alegres y floridas praderas de la tierra caliente, el continuo verdor que se mantiene en la subida de Jalapa, la magestuosa altura de la sierra madre, «el elevado Orizava con su blanca vestidura de nieve desarrollada por sus lados, descollando su solitaria grandeza como el espectro gigantesco de los Andes» los ásperos desfiladeros donde sentían los frios de las montañas, el agreste y triste Cofre de Perote y las umbrosas selvas donde estaba la multitud de las poblaciones indias, que tenía que reducir. Despues de cuatro dias de esta marcha, llegaron á la Xocotla, hoy Tlatlanquitepec, era ciudad populosa y con buenos edificios de cal y canto, bruñidos como los de Cempoala, con trece teocallis y el palacio del Señor: á mas de la poblacion que con los inmediatos caserios excedia de veinte mil habitantes, habia una guarnicion de cinco mil mexicanos. El señor de aquel lugar llamado Olintetl, salió á recibir á los españoles, franqueándoles cómodos alojamientos, aunque por no saber la voluntad de su soberano estuvo frio en su recepcion y en la provision de víveres. En la entre vista que tuvo con Cortés, este le preguntó si era súbdito de Mocteuhezuma, y Olintetl contestó sorprendido si habia alguno que no lo fuera. El Gefe español le manifestó quien era su monarca y que tenía por vasallos algunos mas poderosos que el mismo soberano azteca, á cuya arrogancia contestó Olintetl ponderando la grandeza de su rey. Despues de aquella jactanciosa conferencia, el español pedia al indio prestara obediencia al rey católico y le diera algun oro en señal

de vasallage, á lo que se negó este, diciendo. «Tengo mucho oro, pero no quiero darlo sin consentimiento expreso de mi rey.» «Yo haré, dijo Cortés, que dentro de poco os mande darme el oro y cuantas riquezas tienes.» Olintetl añadió. «Si él me lo manda, hasta mi persona pondré á vuestra disposicion.» Este tono amenazante, el temor que infundian aquellos hombres con sus diferentes vestidos, sus caballos y máquinas de guerra, y las noticias que Marina y los totonecas difundian del valor de aquellos soldados, ablandaron algo al gefe indio y dió á Cortés algunos regalos aunque de poco valor y algunas tropas que lo acompañaran á su llegada á la capital del imperio. El general español, entró con Olintetl en una explicacion de las principales verdades de la revelacion; y escuchándolo el indio con fria indiferencia, Cortés quiso hacer uso de la fuerza como en Cempoala: pero el P. Olmedo obrando con juicio, se opuso á que no en aquel estado de ignorancia, se plantara el signo sagrado de la cruz dejándolo expuesto á las profanaciones de los naturales. «Afortunadamente para Cortés, dice Prescott, no era Olmedo de aquellos que hubieran en tales ocasiones dado pábulo á su carácter impetuoso. Habria ejercido esto una influencia desastrosa en su suerte, pues Cortés veia todas las consecuencias temporales, como ligeras, comparadas con la grande obra de la conversion: y para efectuarla, la conciencia escrupulosa de soldado, acostumbrada á la severa disciplina del campo, hubieran empleado la fuerza si los medios suaves resultaban ineficaces. Pero Olmedo era de aquellos benéficos misioneros de quienes la Iglesia romana, para crédito suyo ha proporcionado muchos ejemplos, que confiaban en las armas espirituales para llevar al cabo su grande obra, inculcando aquellas doctrinas de amor y caridad, que pueden conmover á un rudo auditorio y ganar sus afecciones. Estas son ciertamente las verdaderas

armas de la religion; las armas empleadas en los primeros siglos de la Iglesia, con las cuales hizo ondear su estandarte de paz sobre las regiones mas remotas del globo. Otros fueron, sin embargo, los medios de que se valieron los conquistadores de América, quienes siguiendo mas bien la política adoptada por los victoriosos musulmanes al principio de su carrera, llevaban en una mano la espada y en la otra la biblia.....»

«La semilla vertida de este modo hubiera perecido sin duda, á no ser por los misioneros de la misma nación que en tiempos posteriores cultivaron el propio terreno, viviendo entre los indios como hermanos y haciendo con largo y pacífico trabajo, que el germen de la verdad echara raíces y fructificara en sus corazones.»

De ahí se decidió á seguir su camino por Tlaxcala, queriendo utilizar la enemistad que sabia guardaban los señores de aquella república con los mexicanos, pero quiso anticipar una embajada de cuatro de los nobles cempoaleses, para pedir al senado el permiso de atravesar por su país. Mientras volvían los embajadores, el ejército siguió lentamente su marcha recibiendo buena acogida en los lugares que á su paso visitaba.

Regian entonces la república de Tlaxcala, Xicotencatl, Maxincatzin, Tlehuexolotzin y Citlapopocatzin. Los embajadores fueron recibidos con la cortesía de costumbre y alojados en la casa destinada para estos personajes: y luego que empezaron á divulgar la noticia del poder de los españoles y de la fuerza de sus caballos y sus armas, la ciudad entró en inquietud por saber su aproximación. Cuando regresaron los cempoaleses, fueron recibidos ante el senado, y con todas las ceremonias de costumbre expusieron su mensaje, manifestando una carta que el general mandaba á los gefes de la República explicándoles sus sentimientos amistosos y ofreciéndoles su auxilio para sacudir el yugo de los mexicanos: documen-

to que no podian entender los tlaxcaltecas; pero que hicieron entender los embajadores, segun las instrucciones de Cortés.

Maxincatsin habló primero aconsejando recibir el auxilio que se les ofrecia, porque sin duda aquellos extranjeros eran los que las tradiciones nacionales anunciaban que debian llegar á aquellos países. Esta opinion de un hombre que disfrutaba del general aprecio, fué bien recibida de pronto; pero el anciano Xicotencatl expresó la desconfianza con que se debian ver á unos hombres que con tanta avidéz buscaban el oro y que al parecer estaban de acuerdo con los mexicanos; supuestó que los acompañaban fuerzas de ellos, lo cual no podia ser sino para causar su ruina. Otro de los senadores llamado Temiloleatl propuso que se diera una amigable respuesta y que el jóven Xicotencatl general del ejército y hombre fogoso y atrevido, los rechazara con las fuerzas Otomites que estaban al servicio de la república, en lo cual si salian vencidos, podrian disculparse de no haber sido el estado sino unas fuerzas extrañas las que cometian aquel atentado de estorbar el paso á unos tan nobles señores. El senado llamó á los embajadores y los despidió con la respuesta del último dictámen, haciendo al mismo tiempo que el general saliera á cumplir la orden, que era tan contraria á la buena fé proverbial en aquellas naciones y particularmente en casos de guerra.

El ejército español habia venido avanzando hasta penetrar en el territorio de Tlaxcala, por estar entonces abandonada aquella famosa muralla de que en otra parte he hablado. Apenas avanzaron un poco, cuando observaron que corrian algunos indios armados por entre la espesura del bosque; y cuando ya estaban cerca, no manifestaron los indígenas tanto temor á las cabalgaduras españolas, antes bien se arrojaron con bravura sobre la pequeña caballería: uno y otro ejército fué reforzado y á cada

paso se enardecia mas y mas el combate; pero cuando la artillería por primera vez hizo escuchar su terrible trueno, aquellas huestes asombradas huyeron y quedó la victoria por los españoles. Poco despues llegaron sus embajadores noticiándoles tener el permiso para pasar el territorio de la república, al mismo tiempo que dos nobles tlaxcaltecas cargaban con la responsabilidad del combate á los otomites, y ofreciendo pagar dos caballos que supieron haber muerto en la accion y que era una pérdida muy grande para la pequeña caballería.

El dia siguiente 4 de Setiembre, se puso en marcha la columna, siempre en orden de batalla para no ser sorprendidos, y Cortés les daba á todos instrucciones del modo de pelear mas provechosamente, segun la experiencia que iba tomando. No caminaron mucho sin encontrar una fuerza como de mil indios, á la que se hizo saber por el intérprete, que el ejército pasaba de paz y con el permiso que le habia otorgado el gobierno, cuya intimacion de paz fué autorizada por el notario Godoy. Los indios empezaron á blandir sus formidables *miquahuails* en señal de amenaza: y una nube de flechas y piedras que arrojaban con las hondas, fué la contestacion á la arenga del intérprete. Les acometió el ejército y despues de sostener el combate por un breve rato, se fueron alejando en buen orden con direccion á un estrecho desfiladero, á donde fueron seguidos por los ardientes españoles.

Estaban ya colocados en un terreno bastante incómodo para la artillería y caballería cuando advirtieron un inmenso ejército, cuyos guerreros llevaban sus cuerpos y cotas pintados de listas blancas y amarillas, que era la insignia de la casa de Xicotencatl. A la vista del ejército castellano, prorrumpió el ejército indio en un prolongado grito de guerra que se fué sucediendo en aquella estensa línea, como el eco con que las montañas

reproducian el prolongado trueno de la tempestad: el espanto se aumentó con el bronco y salvaje sonido de los instrumentos militares; y á estas melancólicas músicas fué seguido el choque de aquellas formidables huestes, con el pequeño ejército de Cortés. Grandes esfuerzos hacian los españoles animados con el ejemplo de su capitán general y mas que todo por el convencimiento de una muerte segura en caso de ceder el triunfo á sus feroces enemigos; pero no podian vencer fácilmente la escabrosidad del terreno, defendido por un número tan crecido de indios, que Cortés graduó con su vista en cien mil, aunque otros autores los hacen bajar hasta treinta mil. Siendo estos números tan inciertos, no me atrevo á fijar un número exacto en ninguna de las acciones, ni creo fácil hallar la exactitud en tanta variedad de pareceres. Los cempoaleses y demas indígenas aliados ya no creían posible escapar de la muerte, pero alentados por Marina ofreciéndoles el triunfo con la proteccion del Dios de los cristianos, peleaban con el esfuerzo poderoso de la desesperacion: y alentados los españoles por la voz y el ejemplo de su general, lograron llegar hasta la llanura, donde el fuego de su artillería y el ímpetu de sus caballos, esparció el terror en los indígenas que al fin tuvieron que ceder á la superioridad de la táctica, y se retiraron en buen orden contra lo que habia sucedido en las demas acciones. Concluida la accion, Cortés se retiró á una altura llamada *Tzompachtepetl*, la cual estaba defendida por una torre y de ahí segun su costumbre, dió libertad á varios prisioneros para que llevaran á sus nacionales proposiciones de paz.

Volvió la embajada trayendo la noticia de que á una corta distancia estaba el joven Xicotencatl con un ejército aun mas numeroso, resuelto, segun las órdenes del senado, á decidir la suerte de la nacion en una accion campal, por lo cual seria desesperado el combate, que

en caso de ser favorable para las armas de Tlaxcala, sería celebrado con un banquete en que se gustarian las carnes blancas de los españoles. El gefe indio tenia dividido su ejército en cinco cuerpos calculado cada uno en diez mil hombres y estaba resuelto á dar un asalto al dia siguiente á los cuarteles de Cortés. Esto intimidó bastante á los españoles, que en presencia de un enemigo tan numeroso y tan pertinaz en la defenza de su nacion, no veian medio de escapar: y en verdad, que en esta ocasion debió ser grande el temor del ejército, porque el P. Olmedo gastó el dia y la noche en administrar los sacramentos á todos los soldados convencidos de que iban á morir; y Bernal Diaz á pesar de su espíritu caballeresco con que exalta siempre la decision de sus compañeros, en esta vez confiesa «temiamos la muerte porque eramos hombres.»

Supuesto que el combate era inevitable, Cortés quiso contar con la ventaja del asalto y al dia siguiente 6 de Setiembre, pasó revista á sus tropas: les dió nuevas instrucciones para el acto de la batalla; y alentándolos con la confianza en la Providencia, en un elocuente discurso como se necesitaba en tan crítica situacion, marchó á encontrar á su enemigo. Antes de un cuarto de legua avistaron un estenso llano en que se hallaba el numeroso ejército, que presentaba un raro é imponente aspecto á la vista del soldado europeo. Innumerables batallones en que el cuerpo de los soldados razos se manifestaba desnudo, haciendo ostentacion de los vivos colores con que cubria sus carnes: multitud de nobles guerreros, cubiertos con hermosas cotas de algodon y plumas, donde en diversos colores llevaban las insignias de su familia: á los rayos del sol brillaban las láminas de oro con que se adornaban los gefes, y los dardos y lanzas de encendido bronce: sobre aquella multitud que se movia como las olas de un mar, se veian las celadas

figurando cabezas de animales con hermosos morriones de plumas, para dar mas fiereza al soldado; y á la retaguardia venian todos los estandartes entre los que sobresalian el de la garza blanca sobre una peña, insignia de los Xicotencatl; y el de la república, que era una hermosa águila de oro, estendiendo sus alas embellecidas con esmeraldas relucientes.

Aquella inmensa multitud, se precipitó sobre los castellanos con el ímpetu de un torrente; y por un momento éstos estuvieron á punto de ser arrollados; pero la artillería vomitaba la muerte en las confusas masas indígenas, y llevando á las últimas filas, los despojos y mutilados miembros de sus compañeros que venian delante, se llenaban de terror antes de emplear sus armas y su valor. Su falta de táctica los hacia entrar en un gran desorden que inutilizaba á todo el ejército y preparaba el triunfo de los españoles: varias veces se repitió aquel furioso choque en que al fin hubiera cedido la disciplina europea al número y tenacidad de los tlaxcaltecas, á no ser porque uno de los gefes de aquel ejército, ofendido en otra ocasion por el intrépido Xicotencatl, para tomar venganza de su agravio se retiró del campo, arrastrando en su fatal proceder al gefe de otro cuerpo, y disminuido así el ejército de la república, se desmorlizó y tuvo que avandonar el campo á su victorioso enemigo. El funesto ejemplo de los dos gefes tlaxcaltecas, no ha dejado de tener imitadores, y hasta los últimos dias, esto ha dado el triunfo á los enemigos de México.

Cortés se retiró á su fuerte posicion *Tzompachtepetl* y de ahí mandó nueva embajada á los tlaxcaltecas para atraerlos al campo de la paz y de la amistad. Esta proposicion fué bien acogida por Mexixcatzin que desde el principio estuvo dispuesto á recibir la alianza de los españoles; pero el partido belicoso, lejos de humillarse con las derrotas de su ejército, se habia enfurecido y

buscaba con ansia la ocasion de saciar su cólera sobre los extrangeros, principalmente el jóven Xicotencatl, cuyo orgullo estaba irritado con la mancha que por primera vez caia sobre las armas de la república. Para conciliar esta diversidad de pareceres, ocurrieron á los sacerdotes consultando su ciencia que era tenida como un oráculo infalible; y ellos ocurrieron á un medio fácil de adoptar por aquellos espíritus supersticiosos. Dijeron: que los españoles aunque no eran dioses, eran hijos del sol, y al influjo de sus rayos era como adquirian su fuerza; la cual se acababa luego que aquel astro escondia su luz; por lo cual podian vencerse en un ataque nocturno. Esta respuesta que parece haber sido sugerida por la astucia del resentido Xicotencatl y fomentada por sus partidarios, fué acogida en el senado y se dieron las órdenes al general para que la ejecutase, el cual andubo con tal tino, que preparó todo sin que pudiera bismbrarse nada de este plan en el campo español.

La noche señalada para este asalto estaba iluminada por la claridad de la luna y los soldados españoles para descansar de sus crecidas fatigas y dar tregua á las penas que los abrumaban en la vigilia, estaban entregados á un profundo sueño; pero la febricitante imaginacion de Cortés, no le permitia tomar el descanso de que disfrutaban sus camaradas: y estando en vela se apercibió de la venida del enemigo así por el ruido que se dejaba observar en el silencio de la noche, como por la débil luz de la luna. Pronto puso en pié á su ejército y cuando los tlaxcaltecas se habian aproximado al pie del cerro, salieron los soldados castellanos animados con su grito de guerra: y blandiendo en alto sus armas, parecieron á los atemorizados indios unos hombres tan extraordinarios y de gigantescas proporciones, que luego huyeron llenos de terror dejando que se hiciera en ellos una horrible carnicería.

Se volvió á mandar otra embajada al senado tlaxcalteca, quien convencido del mal éxito de su ataque nocturno, que era ya su única esperanza, admitió la paz, mandando cuatro personas de su nobleza para llevar la respuesta á los extrangeros, los cuales debian tocar antes el campo de Xicotencatl para hacerle saber esta resolucion y que suspendiera las hostilidades. Pero los reveses que hasta ahí habian sufrido las tropas de la república, no habian sido bastante eficaces á quebrantar en lo mas mínimo el indomable espíritu del animoso general, que sin cesar maquinaba planes para esterminar aquel puñado de extrangeros, que él creia funestos para su pais á pesar de la insidiosa amistad que sin cesar ofrecian al estado. Llevado del noble patriotismo de salvar á su patria, se decidió á contener los embajadores para tener otra nueva lucha con esperanza de mejor éxito: y para cereiorarse del campo enemigo y dar el asalto con provecho, mandó cincuenta señores que con pretesto de ofrecer algunos regalos al general, se impusieran de los datos que él deseaba tener.

Cuando estos gefes llegaron al campamento español, Teuch noble cempoalés, sospechando que el verdadero objeto de su viage, fuese espiar los movimientos de su ejército lo comunicó á Cortés: y éste, examinándolos con separacion y satisfecho de ser ciertos los temores de su aliado Teuch, mandó cortar las manos á los espías y hacerlos volver á su ejército, para atemorizar á Xicotencatl y sus soldados. Estos efectivamente á la vista de un rigor tal abandonaron toda esperanza de seguir la guerra con ventaja, y se dió paso á los cuatro nobles tlaxcaltecas que iban á ofrecer la paz en nombre del senado.

A este tiempo se presentaban tambien cinco nobles mexicanos, que en nombre de su rey Moctehuzuma, daban á Cortés la enhorabuena por sus triunfos, presentándole un regalo que acreditara su amistad y le ofre-

cian pagar al rey de España un tributo anualmente; pero sobre todo instaban de nuevo para que abandonase el proyecto de ir á su ciudad, para no exponerse á los furros de un pueblo que el mismo rey no podria con- tener. Cortés recibió afable este obsequio y á cada pa- so del supersticioso y pueril Mocteuhezuma, se avivaba mas el deseo de llegar á su corte, donde contaba con grandes riquezas y un rey pusilánime, á la vez que para hacer bambolear su monarquía, contaba con el firme punto de apoyo de la union de su fuerza; y por poderosa palanca, la division de los pueblos: contando ya entre sus aliados á los bravos tlaxcaltecas, atraidos á su partido por una série de triunfos. Despues de algunos dias en que hizo sus preparativos para poder abandonar su fortaleza de *Tzompach*, mandó celebrar el santo sacrificio de la misa, á que asistieron con gran asombro los nobles mexicanos y tlaxcaltecas, y luego emprendió su marcha para la capital de aquella república, conduciendo sus trenes de guerra por medio de quinientos tlamames, hombres de carga, que el mismo senado mandaba para facilitar el viaje de los es- pañoles.

CAPITULO XV.

Entrada y permanencia de Hernan Cortés
en Tlaxcala; su viaje á Cholula: horrible
catástrofe en esta ciudad.

Auxiliado el ejército castellano por los hombres de carga tlaxcaltecas y acompañado Cortés de los nobles de esta república, de sus aliados los totonecas y de los embajadores mexicanos, hizo su entrada á Tlaxcala en medio de las mayores demostraciones de júbilo, y mas

bien parecia que celebraban el triunfo de la república, que el de sus enemigos. La gran ciudad de Tlaxcala una de las mas populosas de la antigüedad; presentaba un risueño aspecto con todas las casas adornadas de festo- nes de flores y multitud de arcos formados de verdes ra- mas, cubiertos con rosas y madre selvas, y la multitud vestida cada uno lo mejor que pudo, acompañada de sus roncros instrumentos de música con que acompañaban sus bailes y cantares, salia á recibir á los extranjeros: las mugeres presentaban ramos de flores á los soldados, y los sacerdotes los perfumaban con las gomas aromáticas que se quemaban en los incensarios. La comitiva se dirigió al palacio del viejo Xicotecatl, que aunque ca- si ciego por su avanzada edad, salió á cumplimentar á los gefes españoles y les mandó servir un almuerzo en que se reprodujeron los testimonios de una alianza per- petua y sincera. El pueblo de la ciudad mezclado con el ejército de los aliados se entregaba á toda clase de regocijos; y por alguuos dias se prolongó la fiesta, que se fué reproduciendo por cada uno de los cuatro gefes entre quienes estaba distribuido el mando de la ciudad.

Los tlaxcaltecas ofrecieron á los españoles en señal de amistad, algunas jóvenes para esposas y en esto halló Cor- tés ocasion para entrar en explicaciones sobre las verda- des de la religion y disuadir á los nativos para abando- nar el culto de las falsas divinidades: estos se conforma- ban en recibir y dar adoracion al Dios de los cristianos; porque en la elasticidad del politesimo no es difícil acom-odar una nueva divinidad; pero se rehusaron negar el culto á las suyas, de las cuales hicieron grandes elogios, principalmente de su Dios Camaxtle y su famosa diosa Matlalcueye, que con tanta abundancia les mandaba las aguas para fecundizar sus fértiles campiñas. El ánimo impetuoso del general no consentia estas esperas y que- ría allanar un asunto tan grave, con la misma violencia